



Paisajes de Santuario - Risaralda

*La modernización
del valle del Risaralda:
desechar para acumular*

RESUMEN:

Las innovaciones ecosistemáticas se convirtieron en la punta de lanza de los procesos económicos que permitieron la expansión de la ganadería de ceba en el valle del Risaralda durante la segunda década del siglo pasado. La modernización de los sistemas de explotación del suelo acrecentó la acumulación y concentración de la propiedad y por ende los conflictos sociales. La historicidad económica, ambiental y social de este territorio ofrece de esta manera nuevas perspectiva de investigación sobre la creación de riqueza al tiempo que la destrucción y transformación ambiental de lugares objeto de la vinculación del capital y tecnología.

PALABRAS CLAVE:

Modernización, innovación, acumulación, ganadería, humedales.

Clasificación JEL: O13, O31, K32, Q15, R14

ABSTRACT:

The ecosystem innovations became the spearhead of the economic processes that allowed the expansion of fattening cattle in the Risaralda Valley during the second decade of the last century. The modernization of soil exploitation systems increased the accumulation and concentration of ownership of property and therefore social conflicts. The economic, environmental and social historicity of this territory thus offers new research perspective on the creation of wealth while the destruction and environmental transformation of places subject to the linking of capital and technology.

KEY WORDS:

Modernization, innovation, accumulation, cattle, wetlands.

Clasificación JEL: O13, O31, K32, Q15, R14

La modernización del valle del Risaralda: desecar para acumular¹

C

Carlos Alfonso Victoria Mena²

Modernization of Risaralda's valley: dry up to accumulate

Primera versión recibida el 7 de octubre e de 2016. Versión final aprobada el 14 de Marzo de 2017.

Para citar este artículo: Victoria Mena, Carlos A. (2017). La modernización del valle del Risaralda: desecar para acumular. En: Revista Gestión y Región N° 23 (Enero-Junio de 2017); pp. 63-82

El objetivo de este artículo es demostrar de qué manera los procesos de modernización, a partir del concepto de destrucción creativa, expuesto por el economista Joseph A. Schumpeter (2010), han tenido en uno de los apéndices al norte del valle geográfico del río Cauca, la demostración palmaria del daño ecológico consistente en desecar humedales para acumular capital. Este fenómeno suscitado desde comienzos del siglo XX, a través de la explotación ganadera a gran escala, en el contexto del proceso de colonización empresarial de tierra caliente que tuvo como epicentro a La Virginia, hasta el occidente del Viejo Caldas. Allí los empresarios se enfrentaron a tierras incultas que en principio frenaron la extracción de rentas, pero que luego y gracias a la adopción de innovaciones ecosistemáticas (Baptiste, 2008) dieron rienda suelta a un nuevo modo de producción que desplazó la economía de subsistencia, convirtiendo a La Virginia en un “interesante centro ganadero” (IGAC, 1958), a la vez que foco de la *descampesinización* como secuela del avance de la comercialización de la tierra y su explotación (Palacios, 2011, p. 11).

El asentamiento de Cañaveral del Carmen, al sur de la Virginia, desapareció por efecto de los procesos de acumulación e innovación hacia 1923, entre los que se destacan el uso de drenajes, luego de un prolongado pleito jurídico que favoreció las pretensiones de los hacendados, quienes emplearon todos los recursos, incluido el del poder político y la violencia, para lograr sus objetivos acaparadores. Por ello, la historia del valle del Risaralda es la historia, en sus primeras etapas, del ascenso del latifundio ganadero y sus consecuencias en todos los órdenes de la vida local y regional, y el declive de la economía de

¹ Ponencia presentada en el VI Simposio colombiano de Historia de Regional y Local organizado por la Universidad Tecnológica de Pereira e Historelo: Asociación colombiana de historia Regional Y Local en la mesa de Historia empresarial y conflicto ambiental el día 8 de Febrero de 2017.

² Magister en Historia y Especialista en Gobierno y Políticas Públicas. Profesor del Departamento de Estudios Interdisciplinarios de la Facultad de Ciencias Ambientales y de la Maestría en Historia de la Universidad Tecnológica de Pereira. Coinvestigador de los grupos de investigación Gestión en cultura y educación ambiental, y Filosofía y Memoria de la UTP. E mail: cvictoria@utp.edu.co

subsistencia. La ganadería a expensas de la ocupación de baldíos y el mercado de tierras impuso un narrativa que ocultó los costos sociales, políticos y ambientales, al menos de lo que pudo significar para la construcción de un modelo de hegemonía sustentado en la exaltación de la figura del hacendado, como el arquetipo de una institucionalidad asociada a la creación de riqueza y la acumulación de poder en la sociedad. El valle del Risaralda se pudo haber constituido en una especie *república ganadera*, en la medida en que impuso reglas del juego a través del sistema de haciendas, mediante el cual se subsumió a los demás sectores de la sociedad, entre los que se destacaron los provenientes del viejo cimarronaje de Sopinga (Arias, 2010) las formaciones sociales de la economía lacustre y ribereña del río Cauca.

Para Schumpeter (2010), la base del crecimiento económico y la productividad reside en la innovación; sin ella no hay desarrollo económico. Es uno de los factores que incide en la configuración de los ciclos económicos y uno de los gérmenes de la acumulación. Toda innovación se traduce en destrucción de lo viejo por lo nuevo; implica la adopción de nuevas formas de producción y determina la conducta de un empresario. Schumpeter (2010) argumenta que los métodos de la cría de ganado y la agricultura mecanizada, por ejemplo, son expresiones de los procesos de destrucción creativa, y hacen parte de una “historia de revoluciones”. La naturaleza representada en ciénagas y humedales continentales, en nuestro caso, se convirtió en latifundio ganadero mediante la introducción de técnicas y tecnologías que buscaron reducir el riesgo provocado por las inundaciones, los zancudos y las enfermedades tropicales. Su domesticación le dio la bienvenida a la ganadería de ceba y engorde, la cual se desarrolló con métodos extensivos, a expensas de una “población rural desnutrida y muy poco vigorosa” (IGAC, 1958). El surgimiento y avance de la hacienda se constituyó en una revolución económica al mejor estilo del desarrollo de las fuerzas productivas, permitiendo articular el capital financiero a la recomposición de las relaciones de producción. Así, se inauguró una etapa de desarrollo económico, pero no de crecimiento y progreso para el campesino. La combinación de tierra, capital y trabajo dio paso a una nueva forma de producción que destruyó las viejas relaciones de explotación del siglo XIX.

La destrucción creativa en el valle del Risaralda, el cual hace parte de las formaciones eco sistemáticas de la cuenca del río Cauca en el centro occidente colombiano, se caracterizó por paulatinos cambios en el uso de la tierra, mediante la tala y quema del bosque seco tropical, el drenaje de ciénagas y humedales, la pastificación e introducción de ganado para la producción de carne, leche y otros derivados. Estas modificaciones antrópicas (Gallini, 2008) alteraron la conservación y reproducción de los recursos hidrobiológicos que sirvieron de sustento vital a las culturas ribereñas del Cauca y sus afluentes, desde antes y después de la presencia europea, como pueblos de pescadores, asunto que después de 1970 entraría al examen académico y político entre conservación y desarrollo. La acumulación de riqueza por parte de los empresarios territoriales (LeGrand,

1988; Londoño, 2002) estuvo detrás de la desecación de áreas pantanosas, la tala de los bosques, y la fauna silvestre, provocando la degradación ecológica y cultural del lugar. No solo se deterioró el ecosistema natural sino también la estructura de la formación social existente hasta antes de la intromisión del capital. De esta forma, como plantea Braudel (2002), la economía reorganizó el mundo territorial a escala local, desmontando los vestigios pre capitalistas que en esta región tuvieron su sello a través de la economía de subsistencia de la frontera cimarrona, y cuyas eco zonas de agricultura tradicional (Taussig, 1978, p. 67) fueron trastocadas por la hacienda ganadera:

Después de la abolición de la esclavitud en 1851, los antiguos esclavos y sus descendientes desarrollaron una economía de subsistencia floreciente en tierras ilegalmente ocupadas, mientras que sus antiguos amos luchaban desesperadamente y sin éxito para atarlos a sus fincas en decadencia, como jornaleros o arrendatarios (...) los informes elaborados durante la segunda mitad del siglo XIX indican que los campesinos negros estaban acumulando grandes excedentes de plátanos y cacao además de algunos animales de levante

Si cada clase social define su propio espacio de existencia (Moreira, 2012, p. 43), que en este caso se plasmó en la desaparición de las formas sociales del espacio precapitalista de economía campesina, lo que vamos a ver en el valle del Risaralda a partir de la primera década del siglo XX es el advenimiento de nuevas relaciones de dominio sobre los recursos naturales, la fuerza de trabajo y los mercados regionales y locales (Moreno, 1989). Las cuales se hicieron mucho más evidentes tras el proceso de larga duración en el territorio merced a los efectos en el ambiente de la agricultura tecnificada y la cría de ganado (Van Young, 2010), subrayando que el río Cauca estaba conformado por una red de madre viejas y lagunas que regulaban su cauce en medio de una frondosa vegetación en sus orillas. Escorcía (1983, p.34) lo resume así:

Aún a mediados de siglo –XIX-, la mayor parte de la región se componía todavía de pastos y bosques naturales. En las riberas del Cauca crecían en abundancia maderas de construcción de buena calidad. La producción vegetal era variada y exigía poco esfuerzo. Se daban con facilidad el maíz, el algodón, el cacao, el café, el plátano, la caña de azúcar (...) se señalaba que uno de los problemas que impedía la plena utilización de fertilísimas tierras en las márgenes del Cauca eran las grandes lagunas e inundaciones alimentadas por el río en sus constantes avenidas

La creación de riqueza mediante la destrucción de la naturaleza por efecto del mercado de tierras y su explotación, también incluyó, tras el espectro modernizador, la destrucción del sistema social y cultural de la vida nativa (Polanyi, 2012, p. 238), tal como ocurrió a expensas del mercantilismo, en la más clara demostración del empuje arrollador del liberalismo económico sobre

la tierra, convertida en suelo productivo y rentable. De esta manera, el valle del Risaralda fue uno antes de la incursión del capital y otro posterior al desarrollo empresarial de la frontera cimarrona en la que, bioculturalmente, se sustentó su *modus vivendi* hasta antes de finalizada la Guerra de los Mil Días, a comienzos del siglo XX. El resultado de esta modernización que dejaba atrás las expresiones precapitalistas de la economía primitiva constituida por el pancoger, la pesca y la caza, fue un nuevo espacio de relaciones basadas en la subordinación de la naturaleza al capital, por un lado y por el otro del nativo en proceso de su *descampesinización* y en la condición de subalterno estigmatizado. Naturaleza y subalternos fueron civilizados por el capital hacendatario. De hecho la destrucción del modo de producción de subsistencia influyó en la destrucción del campesinado (Moore, 2015), lo mismo que las relaciones humanas y el medio ambiente natural (Wolf, 2016).

Zancudos y usurpadores

Durante el periodo de la Conquista, el actual valle del Risaralda fue llamado Amiseca y Santa María. Según los cronistas, era temido por los españoles dadas sus condiciones ecosistémicas del trópico, que los hacía vulnerables a las altas temperaturas, humedad e insectos. En la colonia fue rebautizado como *Rizaralde*, en recordación de un misionero proveniente de Buga que exploró la zona. De Sopinga se oyó hablar en el siglo XIX por el palenque que se estableció en la desembocadura de este río al Cauca. Con la publicación de la novela *Risaralda*, escrita por Bernardo Arias Trujillo y publicada en 1935, la topología del espacio biogeográfico se hizo popular. Su institucionalización quedó patentada con la creación del departamento que lleva su nombre en 1967. La obra literaria con visos fundacionales hizo parte del repertorio cultural de la destrucción creativa en la medida en que entronizó la leyenda blanca de la colonización empresarial desde un *lugar social* (Certeau, 2006) que concentró la mirada del novelista en las representaciones y sociabilidades de los campesinos negros, mientras la naturaleza y la sociedad local caían bajo los tentáculos de la racionalidad de los empresarios territoriales. Su trama deja ver la voz del negro a través de la música, el baile y el accionar del machete, pero no así su *descampenización* en medio del borramiento del lugar biocultural al cual se había aferrado tanto la comunidad de Sopinga y su vecina Cañaveral (Escobar, 2010, p. 104).

El valle de Risaralda siempre permaneció en el centro de las disputas por su ocupación y apropiación. Ambos hechos hicieron parte del pulso entre economía de subsistencia y economía de mercado. Al final, se impuso esta última. Según Cardona (2013), buena parte del valle perteneció a los resguardos de Tachiguí y Tabuyó desde los tiempos de la Colonia. Mucho más tarde, mineros y comerciantes penetraron en la región con el fin de hacerse al control del territorio a través de diversas estrategias. Como ocurrió en otras regiones del país, el despojo se tramitó mediante adjudicaciones fraudulentas y presiones políticas. Las tierras de los Resguardos mencionados fueron rematadas y

entregadas como si se tratase de baldíos a inversionistas antioqueños y caucanos. Uno de ellos y tal vez el más beneficiado fue Rudecindo Ospina, quien hacia 1870 se adueñó de no menos de seis mil hectáreas, convirtiéndose en uno de los principales latifundistas y exponentes del patrón de desigualdad de la acumulación primitiva (Van Young, 2010) que provocó el mercado de tierras a finales del siglo XIX. Ospina, con centro de operaciones comerciales en Belalcázar, fue uno de los agentes más emblemáticos de la usurpación en la medida en que logró de las autoridades caucanas la entrega en arrendamiento de tierras que estaban en poder de los resguardos indígenas, como el de Quinchía, al norte de La Virginia, haciendo uso de la ley 89 de 1890, marco normativo hecho a la medida de políticos y comerciantes para que se enriquecieran.

El valle del río Soponga o Risaralda, el primero a título de los nativos y el segundo en memoria de la presencia europea y más tarde, a finales del siglo XIX, en su condición de escenario de la modernización a cargo de inversionistas provenientes de Manizales, Pereira y Cartago, se consideró como tierra virgen en medio del mutismo vegetal que “no soñó nunca con el trueno demoledor de las hachas implacables –porque- al principio era la selva. Era en el principio la selva inmensa”, tal como lo describe Bernardo Arias en su novela. Según Valencia (2000, p.187), el valle había sido recorrido por Robledo y Belalcázar, en 1536. Tres años más tarde regresó Robledo, fundando Santa Ana de los Caballeros. Para este historiador, el valle permaneció inédito durante 350 años “como un territorio virgen e inexplorado”. Si fue así, estaríamos en 1889. No obstante, Prado (2008) reseña que los plantíos de tabaco en Soponga hacia 1832 fueron un dolor de cabeza para las autoridades que reprimían las rentas no estancadas. Apoyado en el relato del autor de *Risaralda*, Valencia sitúa a los palenqueros de Soponga desde de la segunda mitad del siglo XIX. Otros, como Víctor Zuluaga, lo datan en 1826, conforme a los reclamos hechos por los recaudadores de tributos de la región.

Más allá de las imprecisiones cronológicas, lo que en realidad estaba en juego era la disputa y el control por los derechos de la propiedad sobre la tierra, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, como una cuestión estratégica para los procesos económicos y políticos de la acumulación minera que, desde Antioquia, se abrieron paso en medio de las racionalidades y tensiones del capitalismo empresarial posterior a la Guerra de los Mil Días, el cual encontraría en este espacio geográfico uno de los lugares y laboratorios más representativos, si se quiere, del gobierno desarrollista de Rafael Reyes (1904-1909), socavando la economía de los libres y pobres de todos los colores (Garrido, 2006), la cual ya había sido interpelada por los primeros colonos antioqueños que transfirieron sus propiedades, mediante negocios de finca raíz, al “grupo de empresarios, interesados no en parcelas para cultivos de subsistencia sino en cientos de hectáreas para la ganadería extensiva” (Valencia, 2000, p.195). De dichas transacciones surgieron los hacendados en su primera versión de

ganaderos latifundistas, involucrados en la construcción del nuevo espacio de la colonización capitalista.

Las enfermedades tropicales detuvieron por siglos, tal vez, el avance de los procesos de ocupación y poblamiento del territorio. Muchos de los expedicionarios y colonos furtivos murieron a causa del paludismo. A estas condiciones ambientales adversas se habían adaptado los negros cimarrones que, desde finales del siglo XVII y según Mejía (2002), una vez fugados de las haciendas esclavistas se incrustaron entre la espesa vegetación y las madre viejas del río Cauca y sus afluentes más recónditos, quedando por fuera del alcance de sus amos y las autoridades que los perseguían (McFarlane, 1991). La resistencia biocultural (Barreras y Toledo, 2008) permitió a la comunidad cimarrona y su descendencia aferrarse a las condiciones ambientales que proveía la biodiversidad reinante, previo al desarrollo de la economía mercado que los transformó en mano de obra asalariada dependiente de las labores en las haciendas, trapiche e ingenios azucareros a lo largo del siglo XX. La descampenización del negro y los pobres de todos los colores solo se puede explicar desde los procesos de modernización que convirtió la naturaleza en suelo articulado a los procesos productivos para el mercado, y por lo tanto, en un factor de producción extraordinario para catapultar la acumulación por la vía de la concentración de la tierra. (Polanyi, 2012).

Sin lugar a dudas, la modernización de este valle provocó cambios en la estructura y dinámica de la sociedad local y el medio biofísico, desde las tres primeras décadas del siglo XX. Las transformaciones fueron siendo determinantes en la larga duración del proceso de transformación del paisaje a través de la desecación de humedales y la siembra de pastos, hasta la creación del Ingenio Risaralda, en 1973. Las interacciones ecosistema-cultura fueron desvertebradas por efecto de dicha racionalidad, expresadas en las innovaciones tecnológicas, acogidas para resolver las contradicciones entre creación y destrucción. Hacia 1904, la colonización empresarial fue encabezada por Francisco Jaramillo Ochoa, un empresario antioqueño proveniente de la acumulación minera y el remate de rentas, propietario de la hacienda Portobello, cabeza y eje del régimen latifundista. Jaramillo sentenció el fin de la agricultura campesina y las bases ecológicas de la frontera cimarrona, cuyos últimos ecos resonaron en la desembocadura del río Cañaveral, donde probablemente a mediados de 1880 se establecieron los colonos pioneros provenientes de las diásporas del norte del Cauca. Portobelo fue:

una de las más bellas del país con 8.000 cuadras planas de cuidados potreros donde no se veía una sola maleza, y más de tres mil en terrenos inclinados, cercados con rectas alambres, sostenidas en fuertes horcones que dividían multitud de potreros, donde pastaban en cada uno más de 100 novillos (Jaramillo, 1997, p.187).

Con ello, se dejó atrás y en el olvido, hacia la mitad de la década del veinte, el asentamiento de Cañaveral del Carmen:

Hacia fines del siglo pasado y a principios de este llegaron los colonizadores del río Risaralda, provenientes de Antioquia y Caldas. Se destacó Don Francisco Jaramillo Ochoa, quien dedicó gran parte de sus energías al establecimiento de las primeras haciendas. Se dice que Portobelo y La Suiza fueron las primeras haciendas organizadas. Posteriormente aparecieron nuevos colonizadores a lo largo del valle. Debido a los tradicionales sistemas de adquisición, la tierra se fue acumulando en manos de unas pocas personas, quienes no tenían mayor interés en su explotación sino esperaban la valorización (IGAC, 1958, p.9).

La reorganización de la naturaleza y la sociedad, como indicador de los alcances de la destrucción creativa de capital, estuvo mediada por representaciones asociadas a la “supremacía de la raza y la civilización”, contenidas en narrativas que legitimaron la agencia de los hacendados en este valle. Lino Jaramillo, hijo del empresario, calificando de epopeya las vicisitudes que debieron enfrentar para cumplir con el objetivo de explotar las tierras, donde el ganado jugaría un papel definitivo. Según Lino, el río Cauca fue humanizado por el esfuerzo civilizador de la raza antioqueña, artífice de la tarea colonizadora. En esa misma línea, Jorge Mejía Palacio, director del diario *La Patria* de Manizales, escribió un editorial el 1 de junio de 1946, en el que exaltó a Francisco Jaramillo, con motivo de la imposición de la Cruz de Boyacá. Se estaba refiriendo a otras obras de canalización que pretendieron poner a salvo de las inundaciones a los pobladores de La Virginia, y la que se ejecutaron en la década de los años treinta:

En aquella fragorosa batalla de ríos y selvas, el ojo avizor sobre los verdes horizontes y el alma siempre lista para la empresa temeraria de dominar los elementos y reducirlos al servicio del hombre (...) contradiciendo las leyes de la más elemental hidrografía” -e incorporando- “aquel trozo de paisaje... como la mejor parcela agrícola de Caldas (Jaramillo, 1963, p.71)

Para el Concejo municipal de la capital caldense, se trató de una “obra civilizadora”, según un Acuerdo fechado el 15 de octubre de 1948. Sin embargo, en pleno siglo XXI, los trabajos que en su momento salvaron a La Virginia de las inundaciones (Osorio, 1964), no serían más que parte de la destrucción creativa por cuanto las aguas del río Risaralda seguían buscando su antiguo cauce, inundando barrios y desplazando a cientos de familias que por décadas esperaron una solución a dicha problemática. De acuerdo con los expedientes de la Corporación Autónoma de Risaralda, Carder, el río Risaralda fue sometido, al menos, a cinco intervenciones con el fin de reducir las amenazas de desbordamientos, a lo largo del siglo XX: 1) recortes al curso del río para alejarlo de la población, aunque la ciudad creció justamente en dirección a donde se produjeron las obras de protección; 2) drenajes construidos por los propietarios

de haciendas adyacentes a La Virginia para abatir el nivel freático, lo equivalió a desecar tierras húmedas y pantanos; 3) recortes y rectificación para proteger el trazado de la troncal de occidente que comunica a La Virginia con Viterbo y Anserma, en Caldas; 4) desagües en función de los usos del suelo para ganadería y la agroindustria de la caña, modificando los drenajes naturales y extendiendo los cultivos hasta el borde del canal del río Cauca y Risaralda, lo que destruyó la zona forestal protectora en guadua, caña brava y otras especies del bosque seco tropical, y 5) actividad extractiva de materiales de los afluentes por la minería artesanal y mecanizada, especialmente en el tramo entre La Virginia y Viterbo, y el río Mapa, que aporta sus aguas al Risaralda. Otro río, el Totuú, también fue desviado y sus drenajes modificados.

Schumpeter en el valle del Risaralda

El proyecto económico emprendido por Jaramillo Ochoa se desarrolló bajo el aura de las políticas proteccionistas del gobierno de Rafael Reyes y en el marco del despegue económico de la frontera empresarial, en sus fases de apertura, expansión e integración, como propone Reboratti (1990) y tras el despliegue de las funciones empresariales descritas por Baumol (Citado por Torres, 2002) en productivas, improductivas y destructivas y las cuales se resumen, en este caso, en : (i) adecuación de desagües para el ensanche del hato ganadero y expansión de los terrenos de la hacienda; (ii) mitigación de enfermedades tropicales mediante el uso de angeos y quinina; (iii) construcción de una bodega de almacenamiento para el comercio de materias primas; (iv) establecimiento de un puerto fluvial sobre la desembocadura del río Risaralda y participación en la creación de una flota naviera; (v) desarrollo de la industria cafetera a través del establecimiento de una red de compra y trilla; (vi) participación en negocios de comercio exterior; (vii) contratación de obras civiles; (viii) conformación de sociedades industriales y prestamista junto a empresarios del centro del país. Todo este menú de actividades económicas se gestó desde la hacienda Portobello, como epicentro de la matriz regeneradora del capital empresarial.

Una de las innovaciones emprendidas por el hacendado desde el concepto de la destrucción creativa de Schumpeter, vinculadas a las características ambientales del territorio y los cambios del uso del suelo, consistió en la realización de obras de canalización de las aguas hacia el río Cauca, mediante la construcción de diques de evacuación y que luego hicieron parte sustancial de la política de adecuación de suelos por parte del Estado colombiano, como resultado de la presión de los grandes propietarios entre Cali y Cartago. Dichos drenajes habilitaron los suelos para la explotación ganadera y la agricultura comercial. Otra innovación que ha sido desapercibida tuvo que ver con la importación de angeo para enmallar las viviendas de las haciendas, y poder así aislar al vector transmisor del paludismo e introducir antipalúdicos como la quinina, para tratar las fiebres producidas por el zancudo. La propagación de la fiebres fue considerada por Parsons (1961) como una de las causas que retrasó la ampliación de la frontera económica en

las regiones cálidas de los valles interandinos. En estas condiciones, los drenajes se convirtieron en los primeros intentos de “civilización y domesticación del paisaje” (Palacio, 2006), paralelo a la pastificación de los eco topos mediante la siembra de semillas importadas, lo que también incluyó la sustitución del bosque tropical. El potrero emergió como uno de los emblemas de las nuevas funciones económicas de la tierra.

No obstante, y detrás del desagüe de las aguas superficiales se gestó una de las principales prácticas desarrolladas por los hacendados para habilitar los suelos con destino a la ganadería extensiva, y al mismo tiempo “ponerle oficio a los baldíos”, que sin mayores controles por parte del Estado fueron anexados por los empresarios territoriales (LeGrand, 1988). La destrucción creativa y las innovaciones que le dieron contenido a la transformación del valle del Risaralda hizo posible que “las territorialidades locales fueron barridas y las sociedades se vieran despojadas de su soporte humano y natural” (Álvarez-Uría y Várela, 2004, p.26), previa a la desecación, la apertura de la frontera había tenido un común denominador: el reemplazo de la selva para dar campo a la ganadería (Parsons, 1992).

Estas innovaciones contribuyeron a la construcción de una mentalidad asociada a la idea de la civilización del territorio gracias a la acción de “hombres activos e inteligentes (...) que desmarañaban selvas, desecaban pantanos, trazaban y hacían caminos por breñas intransitables” (Jaramillo, 1997, p.83). Desde este ángulo de la historia ambiental y agrícola del territorio, las modificaciones antrópicas al ecosistema de las tierras bajas se entronizó como modelo de los primeros pasos del capitalismo histórico (Wallerstein, 2014) en esta región, tras la dinámica de los ciclos agroexportadores ligados al liberalismo económico que caracterizó el postconflicto a comienzos del siglo XX. Este pequeño valle interandino, entre las cordilleras occidental y un ramal de la central fue epicentro de los que alguna vez Bejarano (1987, p.41), calificó de “apetito voraz por la tierra”, con consecuencias sociales, políticas y ambientales de larga duración.

Debido a estas innovaciones y a la extraordinaria adaptabilidad de los nuevos pastos, la cría de ganado comenzó a extenderse hacia áreas incultas, previamente consideradas como inapropiadas para los vacunos. A comienzos del siglo XX, las haciendas ganaderas se multiplicaron a lo largo de los ríos del interior y en la costa atlántica (LeGrand, 1998). Las tierras incultas estaban bajo el agua, formando parte integral de los ecosistemas acuáticos de la red hídrica del río Cauca. Uno de los efectos inmediatos del drenaje no solo fue el aumento de la producción ganadera, sino la valorización de los predios aumentando su cotización en el mercado de bienes raíces. Allí se engordaba el ganado, pero también se inflaban los carrieles de los ganaderos. La intervención de este ecosistema combinó la innovación con dos funciones: la productiva y la destructiva; la primera, porque modificó el uso del suelo para la producción de leche, carne y sus derivados; y la segunda, porque alteró la ecología del lugar.

Los desagües que comenzaron a ser construidos paralelamente a la edificación de la casa de la hacienda en 1905, prosiguieron de manera casi permanente, como lo relató Rafael Jaramillo, administrador del ható en 1921, porque: “las ciénagas, caños profundos y zarzales no permitían los rodeos; además, las inundaciones habían destruido los alambrados y solo se veían los postes para los hilos” (Jaramillo, 1961). El balance en 1926 de su labor fue el siguiente:

Se terminó definitivamente de encauzar la quebrada “Cañas –Gordas” y “Aguas Monas” por medio de un desagüe de 30 cuadras de largo y fueron estos desagües los factores principales para el desagüe de “Las Pampas”; que una vez secas se le dieron arranques recogiendo en montones las barbas de zarzas y quemándolas. Se terminó el desagüe que se había empezado entre “Patíbulo” y “Paquiló” hasta morir entre la montaña, beneficiando notablemente un rincón de “Palatino” y un derivado nuevo hacia dentro de unas 50 cuadras. Se hizo dos veces el desagüe de “El Pindo”, de “La Argentina” y de “La Casa” y mantuvieron siempre en perfecto estado” (Ibíd., p. 220). Estas acciones continuaron con la siembra de pastos y el control de la quebrada “Cañas-Gordas”, dando nacimiento a los potreros de “San Pedro, “La Pampa”, “Pedro Justo” y “Páez” que antes eran enormes zarzales y malezas acuáticas.

El desecamiento de humedales y destrucción de pajonales para la ganadería extensiva se erigió como estandarte de la destrucción creativa y, obviamente, del proyecto modernizador del valle de inundación. Los procesos de potrerización no solo alteraron los ecosistemas de humedales en términos hidrobiológicos, sino que produjeron externalidades en el campo de los conflictos por el uso del suelo y las disputas sociales. Los colonos asentados desde finales del siglo XIX en Cañaverál del Carmen, y otros pueblos aledaños que se nutrían de la variedad y cantidad de peces como el bocachico, uno de los alimentos de consumo de los campesinos y poblaciones aldeñas. Su abundancia en ciénagas, lagunas y madre viejas en la planicie vallecaucana fue parte esencial de la dieta de los indios gorriones y otras tribus, y por supuesto, que también de los ribereños y habitantes de los centros poblados del Valle del Cauca, hasta la década de los años setenta del siglo pasado, periodo en el que las haciendas aledañas a los municipios de Obando y Cartago, como Montero, La Argentina, Coké, Cauca, La Holanda, Cabuyas, La Julia y Potrero Chico, eran el reservorio natural para la acogida de las aves migratorias provenientes del norte del continente.

La larga duración de estas mismas prácticas se convertirían en una política de los grandes propietarios que, a la sazón de la *revolución verde* y los cambios económicos mundiales, hicieron tránsito hacia los sistemas de cultivos comerciales como la caña de azúcar, el sorgo, el maíz y el algodón, haciendo uso de paquetes tecnológicos, entre los que se destacó la tractorización de las tierras (Kalmanovitz, 1982) hasta su fumigación mediante el uso de avionetas, bajo la discreta mirada de la Corporación Autónoma del Valle del Cauca, CVC,

creada por los mismos agentes económicos de la destrucción creativa en los años sesenta. La utilización intensiva de los recursos hizo parte de las preocupaciones del Informe de la Misión Currie en Caldas (1952), al recomendar “el cultivo mecanizado de la tierra en el Valle del Risaralda”. Por otra parte, un informe de la subdirección agrícola del Instituto Geográfico “Agustín Codazzi”, titulado “Los suelos del Valle Geográfico del río Cauca”, publicado en 1981, afirmaba que “la vegetación natural del valle ha sido destruida casi en su totalidad para dar paso a campos de labranza”. El documento puso en evidencia los estragos del modelo plutocrático que se impuso y aceleró, en el Valle del Cauca, entre 1960 y 1974, tras el fracaso de la reforma agraria de los años treinta, sesenta y setenta, propulsando así la expansión de la industria azucarera hasta la actualidad:

En tanto que el rostro del Valle del Cauca del siglo XX es en muchos aspectos un rostro moderno, para el viajero existen signos ocasionales de una época más temprana, cuando el ritmo del cambio estaba mejor sintonizado con los ritmos de la naturaleza; un tiempo que en el que los campesinos atezados predecían el clima anual de acuerdo con las lluvias de los primeros doce día del año –las cabañuelas. Ahora, como entonces, el viajero se sobrecoge ante el exuberante panorama de los cañaduzales y los pastizales, cruzados en intervalos irregulares por los números afluentes del río Cauca que fluye perezosamente hacia el norte por el centro del valle, su dominio antes incontestado sobre las llanuras adyacentes y ahora dominado por un extenso sistema de control de inundaciones (Preston, 1983, p. 15).

Voces como la del ecólogo vallecaucano y profesor universitario Aníbal Patiño (1989), advirtieron sobre las causas y consecuencias del daño ambiental determinado por el modo de producción cimentado en la destrucción creativa. Con simpleza, dijo que

las ciénegas, lagunas y madre viejas son ecosistemas que funcionan como fábricas naturales de pescado, siempre que las interferencias humanas no pongan en peligro su delicado equilibrio ecológico. Dejar arruinar estos cuerpos de agua equivale a decretar el cierre de factorías alimenticias y condenar al hambre a centenares de personas.

Hoy, en buena medida, el bocachico que se consume en la región ya no proviene de sus contaminados ríos, como el Cauca y La Vieja, ni de las desaparecidas ciénegas, sino del mercado internacional que surte a Colombia. La construcción de jarillones en ambas márgenes del río Cauca se volvió una política impuesta por agricultores y ganaderos, para impedir la circulación de las aguas de inundación. Esta práctica sería denunciada por los ecologistas a finales de los años sesenta, y cuyos primeros frutos fueron recogidos a mediados de 1983 cuando miles de vallecaucanos se lanzaron a calles y carreteras a clamar por la salvación de la Laguna de Sonso, en el Municipio de Buga, posicionándose como

el principal ícono del desarrollismo depredador de los humedales continentales, sin que importe a su significado para la conservación de la biodiversidad, ni mucho menos su función social como soporte de ingresos para los pescadores artesanales y fuente nutricional de la comunidad. Para Fundavalle (1981), una de las organizaciones convocantes en defensa de la laguna, desde antes de 1950:

Algunos propietarios de haciendas construyeron terraplenes para impedir la entrada de aguas de los ríos Cauca y Sonso a la laguna – porque el desarrollo económico imperante en nuestro país impuso la idea de que las zonas lagunares deberían ser “adecuadas”, es decir, desecadas para fines agropecuarios. Mediante este procedimiento, quienes tenían la capacidad técnica y económica de destruir lagunas y ciénegas se apropiaron de suelos que, de acuerdo con la legislación colombiana, pertenecían al patrimonio público.

Al momento de ingresar al mercado mundial a través del modelo agroexportador de la producción de azúcar, el territorio-cuenca adquirió un protagonismo económico y político definitivo en función de consolidar el modelo plutocrático. En 1976, el ingeniero agrónomo vallecaucano Hernando Patiño afirmó que “Hace 10 o 15 años la agricultura vallecaucana era mucho más diversificada; hoy lo que podemos apreciar es la transformación intensiva e impetuosa del Valle en un inmenso cañaduzal”. Antes de su fallecimiento, advirtió sobre los riesgos sociales y ambientales, tras la extensión paulatina de dicho cultivo para la producción de alcoholes carburantes. La intervención de los humedales continentales del Valle del Cauca y sus lagunas más representativas, como la de Sonso, al centro del departamento del Valle, ha significado la destrucción de los reservorios de biodiversidad, pero al mismo tiempo dio paso a una cada vez mayor creación de riqueza, la cual se catapultó desde los años ochenta con la irrupción del narcotráfico, haciendo de algunas propiedades hacendatarias una de las manifestaciones más patéticas de la acumulación violenta.

El valor histórico de Cañaveral como símbolo de la modernización y transformación del paisaje natural, bajo la lógica económica de desecar para acumular, consiste en que permite establecer con relativa claridad las tensiones por los cambios en los modos de producción. Entre campesinos que producían para la subsistencia y empresarios que lo han hecho para el mercado. Este choque de lógicas en el mismo territorio geográfico transformó, además, una frontera alimentada por los ecos del cimarronaje y la supervivencia de negros, pobres multicolores, a cambio de una nutrida por el del capital en cabeza de empresarios provenientes del tiempo colonial y poscolonial, esta vez en clave de la regeneración económica, de la larga duración, finalmente, de ese capitalismo histórico que nunca renunció a la acumulación, a la supremacía, a la conquista y a la civilización de la otredad sometida, olvidada y silenciada por las narrativas del progreso y el desarrollo modernizador.

Conclusiones

El valle de Risaralda del siglo XXI es hoy un tapiz sembrado de caña de azúcar, en medio de la ganadería extensiva, y uno que otro cultivo de frutales; La pérdida de su diversidad se refleja en la monotonía de su paisaje. Se impuso el sistema de arrendamiento de tierras para la agroindustria de la cañicultura, maximizada por la producción de etanol, y con ella nuevas fases de la destrucción social y ambiental, tal como lo padecen las comunidades de Anserma, La Virginia y Viterbo, que hoy resisten y se adaptan a los efectos de las quemas de los cañaduzales, proliferación de enfermedades de las vías respiratorias, además de los efectos poco estudiados de las fumigaciones aéreas, sumada a la contaminación del río Risaralda por diversos influentes que redujeron considerablemente su potencial pesquero y recreativo.

La historicidad (Hartog, 2007) de la destrucción creativa en este valle y su consecuente modernización, como en otros tantos de la región andina, sigue su curso; No ha cesado. Los vestigios del pasado los padecen las generaciones del presente. El tiempo histórico de las transformaciones se ve reflejado en el presente de sus circunstancias. La agricultura de la revolución verde y el monopolio de la tierra consolidó aún más la larga duración del empobrecimiento social y natural del espacio biocultural y biogeográfico; profundizó las raíces de la injusticia social; determinó los patrones de desigualdad sobre la propiedad de la tierra, y en últimas, hizo inviable la policultura de subsistencia (Moreira, 2014, p. 49). El territorio se convirtió recientemente, además, en plataforma de lanzamiento de la violencia paramilitar, la cual ha estado ligada a los procesos de conservación de los poderes fácticos y emergentes, profundizando aún más los desequilibrios que se comenzaron a entretener en el curso del siglo XX.

La creación de riqueza también incluyó la creación de pobreza. La dialéctica de esta contradicción se plasma entre la ruina ambiental y social, bajo un régimen de grandes propietarios y un Estado incapaz de regularlo. Esta paradoja del desarrollo pretendió ser matizada por las narrativas del progreso y no por políticas públicas de justicia social y ambiental. La modernidad lo fue para el aparato productivo y no para los subalternos; para los descendientes de esos campesinos enmontados y libertos que forjaron su precaria existencia en medio de los zancudos, las fieras y las penurias. Su temor de volver a caer en las garras de la esclavitud no era infundada; Lo fueron luego del mercado y el consumo, desde cuando la frontera empresarial se impuso sobre la frontera de colonización espontánea. La cimarrona fue una de ellas. En palabras de Taussig (1978), destrucción y resistencia campesina se amalgamaron dialécticamente para hacer frente a la economía mundo, en su condición de víctimas del desarrollo. Una paz que fue perturbada por un puñado de colonos empresarios que redujeron a cenizas uno de los vestigios más representativos de las luchas por la tierra en el occidente del Viejo Caldas, como de hecho lo fue Cañaveral del Carmen (Ortiz, 2015, p. 284).

El tiempo de la policultura, propio de la economía de subsistencia, fue intervenido radicalmente por el tiempo-espacio de la modernización, como representación del capital articulado al sistema de haciendas, dando como resultado el tiempo incesante de la acumulación mediante la desecación de humedales, como una de las principales innovaciones del tiempo histórico de la economía de mercado. En este contexto, la historia ambiental del valle del Risaralda es la historia crítica entre conservación y desarrollo, naturaleza y sociedad tecnológica, proceso de acumulación y ruptura de los equilibrios eco sociales, y entre las resistencias sociales y académicas frente al modelo del desarrollo en que quedó atrapado. Este valle interior, como otros tantos, hace las veces de un *ojo histórico*, para ver a través de su retina ecológica los conflictos socioambientales de la destrucción creativa del capital en su conjunto.

La disputa por los baldíos entre descendientes del cimarronaje regional, colonos pobres y empresarios territoriales, se dirimió entre un modo de producción vinculado a los rasgos de una frontera multicultural, sustentada en la economía pre capitalista, y otro articulado al amparo de las políticas desarrollistas y ultra liberales de postguerra de los Mil Días, dando al traste con la agricultura campesina a cambio de nuevos patrones provenientes de la mercantilización de la tierra, erigiendo a la hacienda como el estandarte de las nuevas relaciones sociales de producción y de poder político en lo conservador. De ahí el carácter contradictorio de esta modernización, cuyos excedentes se derramaron en otros frentes de la economía, como el café, sentando las bases institucionales de una *república ganadera* si se quiere, con efectos que se trasladarían a la escena de los conflictos contemporáneos no resueltos ni por el Estado, ni mucho menos por el mercado. La innovación, como destrucción creativa, lo ha sido para la acumulación y no para la redistribución, ni mucho menos para una modernización justiciera en lo social, lo económico y lo ambiental.

En este orden de ideas, Cañaveral del Carmen se constituye en símbolo histórico del desarrollo espacial del capitalismo y la modernización conservadora de corte autoritario, en tanto que allí los empresarios despojaron para hacerse a los derechos de propiedad sobre la tierra, mediante el “manejo oligárquico de la democracia representativa” (Palacios, 2011, p. 19) y desecaron humedales para acumular y expandir un modo de producción que devoró al que desde el siglo XIX había dado sustento a la frontera agrícola cimarrona, tornándose incompatible con las fuerzas del mercado y la concentración de la propiedad territorial tras el avance del liberalismo económico (Van Young, 2010, p. 161). La adaptación ecológica del capital, por cuenta de la destrucción creativa, impuso un regimen ambiental que colonizó los espacios de vida y social y cultural del territorio (Wolf, 2016), pero empobreciendo el paisaje y a miles de hombres y mujeres atrapados por la racionalidad instrumental de la inequidad.

Referencias

- Arias, B. (2010). *Risaralda*. Pereira: Sello Editorial Alma Mater.
- Cabal, C. A. (1983). *Sentido social de la defensa de la Laguna de Sonso*. Buga: Fundavalle.
- CARDER (2002) *Base ambiental con énfasis en riesgos Municipio de La Virginia*. Pereira.
- IGAC (1958) *Levantamiento agrológico del valle del río Risaralda*. Bogotá: Departamento de Caldas, Publicación No. LD2.
- Jaramillo, R. (1963). *Fragmentos de un Diario Íntimo*.
- Jaramillo, G. (1997). *Relatos de Gil*. Pereira: Fondo Editorial del Departamento de Risaralda.
- Jaramillo, J. M. (2007). *Don Juan Jaramillo, del viejo al nuevo mundo*. Bogotá: Intermedio Editores.
- Osorio, A. (1964). *La Virginia: sueño de historia*. Medellín: Editorial Caribe.
- Patiño, H. (1988). *Ecología y Sociedad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Victoria, C. A (2014). *El olvido de los silencios negros en el valle del Risaralda, 1880-1973*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.

Artículos y libros teóricos

- Álvarez-Urúa y Várela, J. (2004). *Sociología, capitalismo y democracia*. Madrid: Ediciones Morata.
- Barrera, N. y Toledo, V. (2008) . *Memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Bejarano, J. A. (1987) . *Ensayos de historia agraria colombiana*. Bogotá: Cerec.
- Braudel, F. (2002). *La dinámica del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dávila L. de Guevara, C. (2012). *Empresariado en Colombia: perspectiva histórica regional*. Bogotá: Universidad de los Andes.

De Certeau, M. (2006) . *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

Escobar, Arturo (2010) .*Una minga para el pos desarrollo: Lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*. Bogotá: Ediciones desde abajo.

Escorcía, J. (1983) . *Desarrollo político, social y económico, 1800-1854* En: *Sociedad y economías del Valle del Cauca, tomo I*, Bogotá: Biblioteca Banco Popular, Universidad del Valle.

Flores-Malagón, A. (Comp.) (2008). *El poder de la carne. Historias de ganaderías en la primera mitad del siglo XX en Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Garrido, M. (2006). *Libres de todos los colores en la Nueva Granada: Identidad y obediencia antes de la Independencia*, En: *Cultura política en los Andes (1750-1950)*, Cristobal Aljovín de Lozada, Nils Jabobsen. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.

Guillen, F. (1986). *La regeneración: el primer frente nacional*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México D.F: Universidad Iberoamericana – Departamento de Historia, A.C. .

Informe de la Misión Currie (1952). *Caldas en 1952*. Manizales: Imprenta Departamental, Manizales.

Kalmanovitz, Salomón, *El desarrollo de la agricultura colombiana*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1982.

Kaustky, K. (2002). *Introducción a la cuestión agraria*: Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Leff, E. (2008). *Discursos sustentables*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

LeGrand, C. (1998). *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Londoño, J. (1996). *La colonización de vertiente en el Valle del Cauca*, En: *Historia del Gran Cauca*. Cali: Instituto de Estudios del Pacífico, Fundación General de Apoyo a la Universidad del Valle, Región Centro de Estudios Regionales.

López, A. (2009). *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX*. Bogotá: Universidad de los Andes.

- Mejía, E. (2002). *Campesinos, poblamiento y conflictos: Valle del Cauca 1990-1848*. Cali: Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle.
- McFarlane, A. (1991). *Cimarrones y palenques en Colombia*. Cali: Revista Historia y Espacio No. 14.
- Moreno, H. (1989). *Haciendas de tierra y agua*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Moreira, R. (2012). *La formación espacial brasilera*. Sao Paulo: Consequencia.
- Moore, B. (2015). *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campo en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Ariel.
- Ocampo, J. A. (2015). *Café, industria y macroeconomía: Ensayos de historia económica colombiana*. Bogotá: Banco de la República, Fondo de Cultura Económica.
- Ortiz, L. J. (2015). *Caldas, una región antigua y nueva, tradicional y moderna, local y nacional*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Palacios, M. (2011). *¿De quién es la tierra. Propiedad, politización y protesta campesina en la década de 1930*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, Universidad de los Andes.
- Parsons, J. (1992). *Las regiones tropicales americanas*. Bogotá: Fondo FEN Colombia.
- Polanyi, K. (2012). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: FCE.
- Prado, L. E. (2008). *Ejército republicano y control social en las provincias del Cauca, 1830-1850* En: César Torres Del Río y Saúl Rodríguez Hernández –editores, *De milicias reales contrainsurgentes: la institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Preston, R. (1983). *El crédito y la economía 1851-1880, Sociedad y Economía en el Valle del Cauca*, Tomo V. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Sandoval, P. (2010). *Repensando la subalternidad, miradas críticas desde/sobre América Latina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Schumpeter, J. (2010). *¿Puede sobrevivir el capitalismo? La destrucción creativa y el futuro de la economía global*. Madrid: Capitán Swing.
- Taussig, M. (1978). *Destrucción y resistencia campesina*. Bogotá: Punta de Lanza.

Torres, E. (2003). *Funciones empresariales, cambio institucional y desarrollo económico*, En: *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX-XX. Una colección de estudios recientes*. Carlos Dávila Ladrón de Guevara (Compilador). Bogotá: Editorial Norma, Ediciones Uniandes, Facultad de Administración, Universidad de los Andes.

Valencia, A. (2000). *Colonización, fundaciones y conflictos agrarios* (Gran Caldas y Norte del Valle). Manizales.

Van Young, E. (2010). *Economía, política y cultura en la historia de México, Ensayos historiográficos, metodológicos y teóricos de tres décadas*. México: El Colegio de la Frontera Norte, El Colegio de San Luis, El Colegio de Michoacán.

Wallerstein, I. (2014). *El capitalismo histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Wolf, E. (2016). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Web grafía:

Cardona, A. (2013). Historia y región. Recuperado de <http://historiayregion.blogspot.com/2013/09/francisco-jaramillo-ochoa-y-el-valle-de.html>